

Samuel Pérez

Los Objetivos de Desarrollo Sostenibles (ODS).

Una agenda mundial por la que luchar

(Página Abierta, 241, noviembre-diciembre de 2015).

El eslogan de la Campaña “Pobreza Cero” en el día mundial por la erradicación de la pobreza, el pasado 17 de octubre, resaltaba: “Las personas primero exigimos Gobiernos que cumplan los derechos humanos por un mundo sostenible, sin pobreza ni desigualdad”, en clara referencia a los Objetivos de Desarrollo Sostenibles (ODS) aprobados en la ONU el pasado mes de septiembre por 193 países, España entre ellos. Se trata de 17 metas con 169 objetivos, que abarcan todos los aspectos básicos del desarrollo humano y la sostenibilidad del planeta.

Antes de hablar brevemente de los ODS es preciso hacer un rápido balance de los ODM (Objetivos de Desarrollo del Milenio), que contenían 8 objetivos, también aprobados en la ONU en el año 2000 y cuya vigencia finaliza este año 2015 (1).

Los logros han sido importantes:

- Reducción de la pobreza a la mitad (en 1990 se contabilizaban unos 1.900 millones de personas; en 2014, eran 900 millones).
- 2.100 millones de personas han accedido a mejores condiciones de saneamiento.
- Se redujo a la mitad la población sin agua potable.
- Disminuyó la mortalidad materna casi a la mitad, pero aún lejos de la meta del 75%.
- Disminuyó la mortalidad infantil más de la mitad, de 90 a 43 niños cada 1.000 nacidos.
- Con otros avances destacados en el tratamiento de la tuberculosis; en la reducción de muertes por malaria; frente a las infecciones de VIH, que descendieron un 40%, o en relación con la alfabetización, cuya proporción aumentó en todo el mundo, incluso en el África Subsahariana, que pasó de 62 a 149 millones de personas alfabetizadas en ese periodo.

Aunque el crecimiento ha sido desigual, muchas regiones han tenido logros destacados, pero algunas han crecido menos o se han estancado.

Los problemas para desarrollar una vida con dignidad siguen siendo muy grandes para millones de personas, sobre todo en el Sur de Asia y en el África Subsahariana.

Pese al significativo avance observado, la mitad de la pobreza se concentra en el África Subsahariana, donde habrá 347 millones de personas viviendo con menos de 1,90 dólares a final de 2015. Asia meridional es la segunda región más castigada, con 231 millones de personas hundidas en la miseria. Si se les suman los casi 83 millones de habitantes del Pacífico asiático, juntos acumulan el 95% del total.

La meta de reducir el hambre a la mitad no se ha cumplido, la sufren en la actualidad –según la FAO (La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura)– 795 millones de personas.

Sería muy pretencioso achacar todos los avances y mejoras en el mundo a los ODM. El desarrollo económico de los llamados emergentes y muchas de las políticas sociales implementadas, especialmente en América Latina, han permitido avances muy importantes. Pero la existencia de la agenda mundial ha espoleado a muchos Gobiernos, y sobre todo a la sociedad civil en todo el mundo y en cada país, a empeñarse en conseguir estas metas mínimas para el avance de la justicia social.

Una nueva agenda para todos los países

Los ODM mantenían un enfoque más paternalista, se proponían como una acción desde los países más desarrollados hacia los más pobres; los ODS, sin embargo, pretenden ser una Agenda Universal que obligue a todos, pobres, emergentes y ricos.

Por ejemplo, España deberá dar cuenta de las medidas para reducir la pobreza en nuestro país, donde casi la mitad (el 46%) de los hogares españoles llega a duras penas a final de mes, por causa del paro (el 22,4%) y de la reducción salarial, por las leyes y los recortes, o donde 2,1 millones de parados no reciben prestación alguna.

Y también ha de responder del escaso compromiso con los países empobrecidos, de cómo la meta del 0,7% en cooperación al desarrollo se ha reducido dramáticamente en los últimos años. O de la desigualdad en nuestro país, donde el 20% de los más ricos acaparan el 68,8% de la riqueza (2).

Igualmente, la Unión Europea tendrá que dar cuentas de sus resultados en materia de desigualdad. Su riqueza, según Oxfam-Intermón (septiembre 2015), se reparte así:

- El 1% más rico posee el 31% de la riqueza.
- El 9% más rico posee el 38% de la riqueza. Así el 10%, posee el 69%.
- El 50% de la población posee el 30% de la riqueza.
- El 40% de la población posee el 1% de la riqueza.

Algunos de los ODS más destacados se proponen: erradicar totalmente la pobreza extrema y el hambre para el 2030; frente a un mundo cada vez más desigual, reducir las desigualdades entre países y dentro de cada país, prestando una atención especial al 40% más pobre de cada país. Se comprometen, también, a que las ciudades y asentamientos humanos sean inclusivos, seguros y sostenibles. Y abogan por un consumo y una producción sostenibles.

Como señala Fernando Gualdoni: «Es la primera vez que la comunidad internacional aborda en una misma agenda los problemas de la pobreza y los ambientales. Es la primera vez que los Estados se deciden a hablar de desigualdades situando la pobreza en un esquema de justicia y redistribución de la riqueza. Es la primera vez que una agenda de desarrollo se plantea como “universal”, aplicable a todos los países, reconociendo que nuestros desafíos son globales y nos piden cambios a todos. Que una declaración proclame que estos 17 objetivos son “de carácter integrado e indivisible, de alcance mundial y de aplicación universal”, francamente, es una gran novedad y una buena noticia para las personas y para el planeta» (3).

A pesar de las numerosas miradas positivas sobre estos objetivos, existe un serio temor entre las organizaciones de solidaridad de que estas metas puedan quedar sólo en palabras –no se impondrán sanciones a los países que no los cumplan–, y en ellos deberían modificarse cuestiones de fondo como el sistema financiero y económico que permite la explotación de los países pobres y empobrece a millones de personas en los países ricos.

Un temor alimentado porque los Estados solo rendirán cuentas ante la opinión pública y ante el escaparate internacional cuando se publiquen las evaluaciones de resultados.

Los países ricos (entre otros) bloquearon la propuesta de los Estados empobrecidos y emergentes de crear un organismo independiente para luchar contra el fraude y la evasión fiscal. Propuesta que tenía presente que «cada año los países en desarrollo pierden al menos 100.000 millones de dólares por abusos fiscales de grandes transnacionales, tanto por evasión y elusión fiscal como por los incentivos discrecionales concedidos a algunas

grandes empresas» (4).

El temor señalado también se explica porque no se incluyó ninguna mención a los Derechos Humanos por la oposición de China y Arabia Saudí.

Pero, como hemos conocido por las movilizaciones sociales a lo largo de todo el mundo, la conciencia ciudadana ha crecido considerablemente. Y los recursos de la sociedad civil son más importantes que en ningún otro tiempo anterior. La agenda debe movilizar a la sociedad civil y a los Gobiernos, pero la presión social será clave para obtener los cambios que haga una sociedad mundial más justa e igualitaria.

África, ¿bomba demográfica o futuro esperanzador?

Tal vez una de las lagunas más importantes y menos destacadas de los ODS es la de no concentrar esfuerzos especiales de la comunidad internacional en aquellas regiones donde los cambios son menores, la pobreza está más arraigada y es más difícil de erradicar, como en el África Subsahariana. Responsabilidad que le compete especialmente a la Unión Europea, cuyos principales países tienen una deuda histórica con el continente africano por sus políticas esclavistas, colonizadoras o de sobreexplotación de sus recursos de la mano de sus empresas multinacionales.

Los problemas y las potencialidades de África son muy destacados. De ellos sobresale el impresionante crecimiento de la población. En la actualidad cuenta con una población de 1.186 millones. En 2050, podría llegar a cerca de 2.500 millones. Nigeria, por ejemplo, llegaría a 400 millones frente a los 173,6 que tiene hoy; Egipto y Etiopía, que son los siguientes países más poblados, crecerán en esta misma proporción.

África en el 2100 tendría una población total de 4.386 millones de habitantes. Todos estos datos figuran en las Perspectivas de la Población Mundial (ONU, julio 2015).

Por otro lado, el continente africano está viviendo también avances importantes.

De 2000 a 2010 el PIB del continente creció un 5,7%; 6 de las 10 economías de mayor crecimiento fueron africanas. A ello cabe sumar los logros en democratización, las mejoras, también, en los indicadores de gobernabilidad, los avances en la integración regional, con la creciente relevancia de la Unión Africana. El acceso a la educación básica se ha triplicado. La esperanza de vida ha aumentado 8 años en las últimas cuatro décadas. Se ha conseguido una importante reducción de la mortalidad infantil: entre un 4% y un 8%. En el índice de desarrollo humano, 41 países han logrado mejoras.

Pero es un crecimiento con una distribución muy desigual de la riqueza. A eso hay que añadir los conflictos militares que sufren varios países, que solo generan pobreza y muertes.

Se trata del continente más joven, con una edad media de 19,7 años, frente a 29,2 en Asia o 40,1 en Europa. Las condiciones de vida y trabajo, son muy pobres y crecientemente precarizadas. Con una rápida urbanización, el 40% de la población vive hoy en suburbios. Las proyecciones sobre pobreza extrema en África para el 2030 se calcula afectaría al 26,9% de la población, dependiendo del desarrollo económico y sobre todo del reparto de la riqueza (5).

La exigencia de los movimientos sociales y solidarios hacia los principales Gobiernos de la UE para su compromiso con África debe renovarse al calor de los ODS aprobados por todos ellos.

(1) Informe anual de los ODM divulgado por la ONU en Junio de 2015.

(2) "Más ricos y menos iguales", F. Gualdoni. *El País*, 25-10-2015.

(3) Marco Gordillo, *Eldiario.es*, 23-9-2015

(4) Según cálculos de Intermón-Oxfam.

(5) Proyecciones del Banco Mundial, octubre 2015.